

El administrador esperó á que continuase Galvan.

—Sabed, señor, que he pertenecido hace algunos meses á una junta de conspiradores.

—Desgraciado!

—Sí, muy desgraciado, pero mi falta acaso sirva para salvar la existencia de los europeos.

—¿Qué decís, señor Galvan?

—Qué se trata de asesinar á todos los españoles.

—¿Y han meditado ese plan abominable?

—Señor, oidme con calma, creed que yo fuí á las juntas por curiosidad y sin querer lo que esos hombres querían, ni pensar lo que ellos piensan, estuve en su compañía.... ¡que horror!.... ¡que horror!....

—Vamos, señor Galvan, tranquilizaos; el gobierno, y yo os lo garantizo, perdonará vuestra falta en gracia de la delacion: ponedla por escrito, firmadla y yo la presentaré; pero antes contadme todo, absolutamente todo.

—El señor cura de Dolores, dijo Galvan, trae revueltos á los pueblos y tiene seducidos á varios jefes del ejército.

—Sus nombres?

—Allende, Abasolo, Aldama, los hermanos Gonzalez y multitud de personas cuyos nombres ignoro.

—Seguid, seguid, que yo tomo nota de vuestras palabras.

—El señor Hidalgo, que tiene un lenguaje ardiente y terrible, los ha hechizado con la magia de su palabra: los mas de la reunion que son jóvenes, se han dejado llevar por su ardimiento y la revolucion está al estallar.

—Nada mas eso sabeis?

—Hay algo mas, señor de Quintana.

—Cuidado con callar circunstancia alguna!

—Señor, el corregidor Dominguez es uno de los conspiradores.

—Imposible!

CAPITULO XI.

DELACION Y PERJURIO.

I.

Luego que la junta de los conspiradores se disolvió, la atmósfera del entusiasmo comenzó á entibiarse en los ánimos vulgares de algunos conjurados, que se estremecían solo al pensar que iban á levantarse contra su rey.

El secretario don Mariano Galvan se retiró á su casa lleno de inquietud, no pudo conciliar el sueño, le parecia oír el tumulto revolucionario, la detonacion de las armas y creía ver correr á torrentes la sangre.

Levantóse muy de mañana y se dirigió á la casa de correos, llamó aparte al administrador don Joaquin Quintana y trémulo de emocion le dijo:

—Señor, tengo que comunicaros un gran secreto.

—Estoy pronto á escucharos.

—Señor, he cometido una falta horrible, mi conciencia me acusa de un crimen, y en descargo de ello vengo á denunciarme.

—Creedlo, y su esposa doña Josefa Ortiz está en la trama, ya conoceis qué viva es y qué inteligente.

—Ved lo que decís, señor de Galvan.

—Así mi alma se salve, como es absolutamente cierto cuanto os he dicho.

—Ved que os comprometéis con una falsa denuncia.

—Estoy pronto á probar cuanto he tenido el honor de decir.

—Escribid de vuestro puño y letra, no hay que perder tiempo.

—Creo que el tumulto debe ser muy pronto.

—¿Y no sabeis el plan?

—Apoderarse de todos los europeos y proclamar la *independencia*.

—¡La independencia!---- horror!---- abominacion!---- escándalo!---- vamos, amigo mio, escribid, esos monstruos deben sufrir un castigo terrible; quererse robar una nacion!---- no, esto no se comprende, es imposible---- avisaré al señor Riaño, ese hombre sí es de fibra y sabrá reprimir á los revoltosos.

Galvan se puso á escribir con mano trémula su delacion infame, y la entregó al administrador de correos.

II.

Quintana se puso en camino para México, donde llegó á los cuatro dias y se encerró con el oidor Aguirre y le entregó el pliego firmado por Galvan.

El oidor, que seguia en sus luchas acostumbradas y tenia una gran desconfianza del regente Catani, no quiso darle á este el triunfo de apagar una revolucion y previno á Quintana que Fernando Romero Martinez, uno de los principales europeos del comercio de Querétaro, y don José Alonso, sargento mayor y

comandante de las compañías del regimiento de Celaya, observasen los pasos todos de los conspiradores introduciendo agentes en las juntas para descubrir los planes todos de los conjurados.

Luego que Quintana salió por la posta regresando á Querétaro con las instrucciones del oidor, hizo llamar á los comisarios régios D. Juan Antonio Yandiola y D. José Luyando, que acudieron á la cita del oidor.

—Graves noticias, amigos míos, muy graves.

—Se alza Catani con el gobierno?

—No es eso.

—¿La audiencia se resiste á la recepcion del nuevo virey?

—Eso no vale nada.

—¿La inquisicion se apresta á----

—No adivinareis nunca.

—Pues sacadnos de esta incertidumbre.

—La provincia de Guanajuato está ardiendo.

—¿Se trata de alguna reaccion?

—Caballeros, se trata de la *independencia* de México.

Aquellas palabras cayeron como una bomba ante aquellos hombres.

—Repetid, señor oidor, repetid, me parece que hemos escuchado mal.

—No señores, habeis oido perfectamente: los principales personajes de esa provincia están comprometidos y son los autores de la gran revolucion que va á estallar.

—Pero eso no pasará de----

—Ved, señores, este documento.

Los comisarios tomaron el papel y lo leyeron detenidamente.

—En efecto, la cosa es grave, dijo Aguirre; esos jóvenes soldados son atrevidos y valientes, pero no me causan tanta inquietud como el cura de Dolores.

—Y por qué os habeis fijado en esa persona?

—Señores comisarios, hemos procurado desde los primeros dias fanatizar al pueblo, tenerlo bajo la presion de la autoridad

civil y religiosa, pesar en su ánimo con la voz del rey y el aliento de Dios; así ha vivido, extinguiéndose uno á uno sus recuerdos y tradiciones, prosternado delante del altar y con la rodilla en tierra ante el trono; pues bien, luego que un sacerdote levante la enseña de la revolucion rasgando ese velo que ha contenido la luz y mantenido una densa tiniebla delante de sus ojos, entonces, todo ese gran trabajo de tres siglos, vendrá por tierra como un castillo levantado sobre la espuma de las olas!

Aquel lenguaje sombrío y fatídico, impresionó á los interlocutores.

—Es necesario evitar el primer grito, la primera palabra, porque ella será el relámpago que preceda al trueno, nuncio de una tempestad terrible.

—Me acobardais, señor oidor.

—Y sin embargo, es la verdad.

—Y qué pensais hacer?

—No he querido confiar el secreto á ese miserable de regente, porque es un hombre sin talento ni discrecion.

—Es verdad.

—Ese hombre comprometeria una situacion tan dificil.

—Encontrad un medio.

Despues de algunos momentos de reflexion, el oidor tomó por el brazo á los comisarios y les dijo:

—Fio á vosotros el éxito de esta empresa.

—Ordenad, estamos prontos á todo.

—Venegas, el nuevo virey, acaba de desembarcar; poneos en marcha, lo encontrareis en Jalapa, y le pondreis al tanto de lo que pasa; le hablareis con voz autorizada del peligro que está corriendo la colonia. — ¡ay de la América si llega á estallar esa revolucion!

—Dentro de dos horas estamos en camino.

—Es necesario que vayais á recibir órdenes del regente, decidle que vais á anticiparos con Venegas para hablarle de vues-

tra mision; creed, caballeros, que vais á prestar un gran servicio á la España.

—Comprendemos perfectamente vuestra intencion.

—Escribid luego que llegueis, regresad con Venegas, no os separeis de su persona un solo momento, y ponedme al tanto de las providencias que tome.

—Está bien, nos teneis á vuestras órdenes.

—Cumplid fielmente y merecereis bien de la nacion española.

Los comisarios dejaron la casa del oidor y fueron en seguida á palacio, se despidieron del regente, y se pusieron en camino para Veracruz.

III.

El sargento Garrido que habia hablado con el cura Hidalgo, y de quien éste desconfió á primera vista, entró en una profunda inquietud no pudiendo vencer sus escrúpulos; le parecia un sacrilegio atentar á la autoridad puesta por el rey, no alcanzaba como se tomaría una arma para dispararla contra los soldados de su majestad, ni con que aliento seria capaz de gritar en contra del soberano.

Su espíritu pusilánime cedió á la fuerza de la costumbre, á la presion ejercida en su alma desde sus primeros años, y se resolvió á la denuncia.

Garrido estaba de regreso en Guanajuato

Llamó á la puerta de la casa de D. Francisco Bustamante con esa solemnidad de los que van á comprometer con su dicho la existencia de algunos seres confiados á su buena fé, y lo reveló todo al capitan de su regimiento, quien puso al tanto al mayor de su cuerpo Diego Barzabal, que dió parte al intendente Riaño.

El intendente hizo comparecer al pérfido Garrido, supo de sus labios cuanto había este presenciado, y reveló la conversacion que tuvo con el cura Hidalgo.

—Yo me ofrezco, señor intendente, decia Barzabal, á traerlos aquí á los conspiradores; démosles el golpe de gracia, vea su señoría que mañana puede ser tarde, y considere que se trata de la existencia de todos nosotros.

—Habeis cumplido con vuestro deber, ahora á mí me toca mi turno: marchad á la hacienda de la *Tlachiquera*, y decidle á don Francisco Iriarte, que desde aquel punto esté en observacion de lo que pase en el pueblo de Dolores, y avise luego que note cualquiera movimiento.

—Seria mejor aprehenderles.

—Haced lo que os ordeno.

—Está bien, pero acordaos, señor intendente, que fuí el primero en aconsejaros cortar el mal de raiz.

—Me olvidaba, dijo Riaño, es necesario cubrir las apariencias: poned preso al sargento Garrido para evitarle la nota de denunciante.

—Así lo haremos.

—Guardad el mayor sigilo; porque si lejanamente se entendiese que la conspiracion está descubierta, no será posible averiguar algo; conoceis á los criollos, ni en el tormento confesarían su crimen.

Salió Barzabal á cumplir con las órdenes del intendente.

Riaño tocó la campanilla, y se presentó un ayudante.

—Al secretario.

A pocos momentos entró en el despacho del intendente su secretario, que se puso al bufete esperando se le mandase escribir.

Riaño acostumbraba dictar desde su asiento y en voz alta.

Estuvo largo tiempo meditando; levantóse al fin, acercóse á la mesa y en voz sumamente baja dictó una orden, que debia ser de suma importancia, porque el secretario se puso densamente pálido y la pluma comenzó á temblar entre sus dedos.

—Mucha reserva, señor secretario, dijo el intendente.

—Ya me conoce su señoría.

—Es el negocio tan grave, que no está por demas la recomendacion.

—Está bien, señor.

—Entregad vos mismo la comunicacion al correo, y que salga por extraordinario inmediatamente.

El secretario dejó el despacho, salió á la calle, donde encontró á un embozado.

—Señor, dijo el desconocido, que era un hombre del pueblo, aquí me tiene su merced.

—Mira, *Pipilo*, dijo el secretario, vas á hacer una de las tuyas que todas son buenas.

—Diga su merced.

—Está en peligro la vida de tus amos y amigos míos.

—Demonio! soy capaz de----

—Se necesita que salgas al momento para San Miguel el Grande y entregues este papelito al capitán Allende.

—Al instante.

—Mira, *Pipilo*, que va á salir un extraordinario dentro de un cuarto de hora y si te toma la delantera todo se ha perdido.

—No tenga cuidado su merced, á mí no me alcanza ni el diablo en figura de golondrina.

—Toma dinero.

—Guárdesele su merced, que ese es mucho peso para quien va tan de prisa.

—Tienes caballo?

—No importa, lo buscaré.

—Pero dónde?

—Donde haya caballos, y hasta luego, que se pierde el tiempo en tanta contesta.

—Dios vaya contigo.

—Y quede con su merced.

Fuese el *Pipilo* pensando la maña que se daría para hacerse

de una cabalgadura, cuando tropezó á pocos pasos con un reverendo fraile que venia á la intendencia.

—Muchacho, toma esta mula mientras llegan mis criados.

—Está bien, señor.

—Te he visto salir del palacio, está ahí el señor Riaño?

—Como que acabo de hablar con él.

—Bendito sea Dios, que lo encuentro á tan buen tiempo.

—Suba su paternidad, que yo le cuido la mulita.

Subió el fraile, que era nada menos que fray Angel de la Divina Infantita, que iba á Guanajuato en pos de Riaño á contarle que el corregidor Dominguez se rehusaba á entregarle á una novicia que él pedia en nombre del Santo Oficio.

Luego que el *Pípilo* vió al fraile tocar el último escalon, trepó en la mula y azotándola sin misericordia se dirigió á todo escape ganando el camino de San Miguel.

IV.

El capitan Arias, nombrado gefe principal del movimiento, supo la prision de Garrido, y desesperado al creer descubierta la conspiracion, en un arranque de despecho se delató en Querétaro ante el alcalde don Juan Ochoa.

Manifestó el capitan, en presencia del sargento mayor Alonso, todos los planes de Hidalgo y sus compañeros; diciendo que aun era tiempo de evitar ese torrente de sangre próximo á desbordarse.

Aquella denuncia era la mas terrible por todos los visos de certeza; así es que Ochoa envió al capitan Juan Fernandez Dominguez al encuentro del virey Venegas, que venia en marcha triunfal y entre arcos de flores á la capital de Nueva-España.

Dominguez llevaba consigo la lista de las personas compro-

metidas en la revolucion, y las instrucciones todas para dar cuenta al virey de la trama de los conspiradores.

La revolucion estaba perdida, las nubes cargadas de electricidad desprenderian el rayo y caeria irremisiblemente sobre la cabeza de los primeros hombres de la independencia.

V.

Al anoecer del 13 de Setiembre, el español Francisco Buera, á quien hemos visto hablar con el cura Hidalgo, y comprometerse en el *tumulto*, se llegó al juez eclesiástico de Querétaro, doctor don Rafael Gil de Leon, y le hizo una delacion minuciosa de lo que habia pasado en las juntas y de cada una de las circunstancias que mediaban en el negocio de la revolucion.

Buera afirmó que aquella misma noche iba á estallar el *tumulto* y que los españoles serian pasados á cuchillo irremisiblemente.

Denunció el lugar donde estaban las armas, quienes fabricaban cartuchos, y el acopio de materiales que se encontraba en las casas de Sámano y Epigmenio Gonzalez.

Púsose el reverendo padre como un energúmeno, y envolviéndose en su manteo, se dirigió á escape en busca del corregidor Dominguez, ignorando que estaba iniciado en la revolucion.

—Señor de Dominguez, señor corregidor, nuestra cabeza está en peligro; estos miserables nos tratan de degollar vivos.

—No comprendo al señor juez eclesiástico.

—Señor corregidor, señor Dominguez, nos están bebiendo los vientos, hoy nos cuelgan de los barandales.

—Explíquese con claridad el señor doctor, yo se lo ruego.

—Señor corregidor, señor Dominguez, esta noche misma estalla la revolucion, si no aprehendeis á los infames que constan en esta lista, y les capturais las armas y el parque.

Dominguez era un hombre de calma; pero no pudo ménos que inmutarse, considerando que no solo su existencia estaba en peligro sino la de sus amigos.

La esposa del corregidor, que habia escuchado desde la pieza inmediata las palabras del juez eclesiástico, temblaba como un epiléptico.

—Llamad al escribano que lleva vuestro mismo apellido, al escribano Dominguez, es hombre vivo y propio para estos lances, él ayudará.

El doctor tocó la campanilla, á cuyo toque se presentó su criado.

—Llamad al escribano que debe estar en la oficina, dijo el corregidor.

Dominguez acudió, como los buitres al husmo de algun cadáver.

—Vamos á la práctica de una diligencia, señor escribano.

—Al momento.

—Se trata de unos conspiradores, exclamó el doctor.

El astuto Dominguez enterado de la denuncia de Arias, estaba al alcance de los trabajos revolucionarios, y hasta de que el señor corregidor pertenecía al número de los conjurados.

—Hola! hola! señores, se trata nada ménos que de los revoltosos que conspiran hace tiempo con desprecio de las autoridades!

—Sabíais algo de esos manejos, señor escribano?

—Rumores, señor doctor, rumores que siempre reconocen algun origen y que ahora mismo vamos á averiguar.

—Id presto, señores.

—Enviad, señor corregidor, un aviso al comandante de brigada para que nos auxilie en el cateo, diligencia que probablemente vamos á practicar.

—No tengo inconveniente, dijo el corregidor.

—Para mayor seguridad irán con nosotros mis yernos el capitán Rubio y Fernando García.

—Me bastan el cochero y el lacayo, señor escribano, yo jamas he tenido miedo.

—Ya lo comprendo, señor corregidor.

—Afortunadamente, pensó el escribano, si es un lazo el que se me pone, me acompaña una pistola y un puñal.

El comandante de brigada, llamado por Dominguez, ocurrió con cuarenta hombres.

Tomó veinte soldados y se dirigió á la casa de Sámano, mientras el corregidor y el escribano marchaban á la de los hermanos Gonzalez, que dormian tranquilos sin sospechar que la conspiracion estaba descubierta.